

COMENTARIO DE TEATRO

por Leopoldo Pulgar



JORGE SANCHEZ

● Rufino, el maestro coronero (Pedro Villagra) y Facundo, el carabinero (Sergio Buschmann), son dos de los numerosos personajes de La Pérgola de las Flores.

# La Pérgola de las Flores en el Monumental

Isidora Aguirre suele decir que La Pérgola de las Flores resultó una obra perfecta, porque la iba reescribiendo al mismo tiempo que la iba poniendo en escena Eugenio Guzmán, el director original de este clásico del teatro chileno. Por eso, asegura que a la obra nada le faltó ni nada le sobró. Escenas precisas, equilibradas en los aspectos formales y de contenido. Todo coherente.

Tiene razón: La Pérgola... se para sola. Sus soportes extraartísticos son sólidos: anécdota archiconocida, canciones que han sido escuchadas y cantadas miles de veces, con la historia de amor juvenil entre medio. Y, además, cuenta con la simpatía del público.

Por eso no llegará a molestar si una versión, como la que se exhibe en el Teatro Monumental, resulta algo desordenada. Siempre primará en el espectador la capacidad para identificarse con la semblanza criollista que construyeron la dramaturgia y el compositor Francisco Flores del Campo.

Algo desordenado, pero efervescente y siempre emotivo es este montaje de Fernando Gallardo. El director y actor hizo la puesta en escena tradicional, adecuándola

al escenario circular del Monumental. Y una vez más, el público se dejó atrapar por la personalidad y chispa de los protagonistas populares de la obra; tomó partido a favor de los débiles que luchaban contra los más poderosos para evitar que demolieran su lugar de trabajo; se emocionó con la solidaridad que generaron las pérgolas entre los estudiantes y otros trabajadores. Se rió con las ingenuidades de Carmela, y con las peleas entre Rosaura y Ramona; saboreó la afición al vino del maestro coronero y se burló tanto del amanerado urbanista Valenzuela como de las exageraciones de la pituca Viuda de Valenzuela. Así ha sido y será.

#### PARA ESTUDIANTES

Esta producción que encabeza el músico Juan Azúa está dedicada especialmente al público infantil, a estudiantes de colegios de Santiago que llegan al recinto acompañados de sus profesores. Para ellos se programaron dos funciones diarias, de lunes a jueves, a \$ 1.000 el boleto.

Pero lo económico de la entrada no implicó despreocupación de los aspectos artísticos o técnicos del mon-

taje: escenografía muy sencilla, pero efectiva; sonido y amplificación suficientes, con micrófonos de solapa para todos los personajes principales; música interpretada por una orquesta y coro que conservó la línea de las melodías originales; vestuario diverso y bien diseñado; recreaciones coreográficas; y un elenco de actores de todas las edades, en general, de buen desempeño.

Algunas puntos débiles: Pierre (descontrolado, con un estilo que no encaja en la obra); Tomasito (lo actoral, y perfil que no corresponde al rol cuando canta Campo Bueno); excesivos quiebres de la voz de Laura Larraín, lo que dificulta a veces su audición; Carlucho (poca fuerza seductora).

Y entre los puntos fuertes: Rufino (un personaje armado y sostenido con plena coherencia); la gracia y presencia de Ramona y de Charito; la fuerza del paltero; la sobriedad de Facundo, el carabinero; y la dinámica del elenco en las coreografías y el canto.

En síntesis, un montaje digno de respeto que puede ir mejorando en el transcurso de sus funciones (Teatro Monumental, San Diego 499).